

que una mujer perseguía una gallina para darle caza. Cuando había hecho suya el ave y volvía satisfecha, Daniel la reconoció, era Judit.

—¡Daniel!

—¡Judit! No dijeron más, sin saber como se unieron en un abrazo, no lo pudieron evitar. La gallina corría feliz libre de su cazadora. Había transcurrido un gran rato cuando pudieron reaccionar. Bajaron los dos la vista un poco avergonzados. Su amor estaba al margen de las leyes. No obstante ellos se sentían incapaces de estar juntos y quererse como hermanos. Cuando se separaron Daniel pensó largamente. Cuando se dirigió al lecho permaneció un gran rato sobre él, sin tomar ninguna determinación. Al fin se decidió. Se incorporó y salió de la casa. La noche era cerrada, no se veía un claror. A campo traviesa fué caminando sin volver la vista atrás. Esta vez se marchaba para no volver. Sería un caminante desgraciado como aquel judío de la leyenda que todavía marcha errante por el mundo sin punto de parada.

Badajoz, 1943 - Madrid, 1945.

¡SOLO UN INSTANTE!

Por EDUARDO ALVARADO VIDARTE.

¡Déjame por un momento, por solo un instante, que sea feliz con tu recuerdo! ¡Déjame tomar el laud y elevar mi plegaria a las musas del Parnaso!

Por un instante quiero respirar el aroma de tu fantasía, embriagarme con la sonrisa azul de tus labios, adormecerme con la mirada acariciadora de tus pupilas.

¡Ven imagen de mis sueños! ¡Tráeme con tu presencia cantos de poetas, caricias de sirenas y trovas de luceros!

Déjame por un instante, en ansia vehemente, escalar las altas regiones en que la materia no tiene extensión, y que tu figura, como sinfonía acabada, suene a mis oídos semejante a nota arrancada del Arpa Divina.

Abre los pétalos de tus labios en los que cuajan rojas amapolas de primavera y que en tu faz de azucena se refleje el fondo immaculado de un corazón puro.

¡Espera, no te vayas! Déjame evocar tu cuerpo de poema, que es arpeggio celestial y nostalgia de atardecer.

Quiero sacarte de la negrura de la noche, de esta noche fría y gris. Quiero compararte, vaporosa y resplandeciente, con la estrella que fulgura en mis sueños de utopía.

¡Ven, corre, imagen adorada! ¡Bríndame, por un solo instante, tus labios de rosa recién florecida!... ¡Abrásame con la mirada incandescente de tus bellos ojos azules!...

Déjame mecarme en la suave ternura de tu pecho que lanza a los éteres los más delicados perfumes de alegría y felicidad.

¡Ya te marchas lirio de mis sueños!... ¡Ya me dejas solo con la noche gris y fría!... Ya nadie consuela mi martirio de amor!...

Página poética de FERNANDO BRAVO Y BRAVO

DE DIOS Y DE MI

ALTURA

Para Urbano Sánchez Vusta.

Cuando del alto monte
en la aguzada cima
que luz y viento afilan,
mi herido vuelo desangrándose reposa,
—centro fiel de inasibles horizontes—
el macerado estruendo del dolor humano
es solo una blanda caricia en el silencio,
tan terso y limpio, de la imperturbable altura.

¡Qué ganas de acabar, ay, dan aquí!
Amortajado en hábito celeste,
de sangre las laderas chorreando,
y el ancla de la carne mustia... ¡Libre el alma
y gozosa viviendo renacida!

—¡Mi cuerpo, eh, mi cuerpo!—y el alma llorosa
gime al par que con júbilo seca sus lágrimas—.

(¿El féretro infinito guardará mi cadáver,
y acaso el sol será eterno cirio de luz
y del viento la canción exequia perenne
y un incienso inexhausto el amor de la amada?)

—¡Aquí el tránsito supremo!
¡Aquí, Señor, aquí: del alto anhelo
en la insobornable altura!

FLORILEGIO GALANTE

AGUDA ESPINA

Era yo una concreción
de vida en llama dorada
que apagaba mi canción
en los labios de la amada.

¡Qué gusto en mi corazón
la aguda espina clavada!

Era norte en mi vivir
el doloroso placer
de sentir,
y saber,
tu esencia eterna, mujer.

Y soy ahora una suelta
dispersión de desengaños,
un viajero que de vuelta
se encuentra solo entre extraños.

Y es el cantar de mi vida:
¡Qué dolor
mirar de mí desprendida
la aguda espina de amor!

RETABLO LUGAREÑO

UN SEÑOR

Para Juan Luis Cordero.

Nació un día.
Vivió entre continuos rezos
y bostezos,
lleno de melancolía.

Tuvo algunos devaneos
solo por devanear,
—primavera de deseos—
y después... ¡ni recordar!

Fué bailarín de casino,
solterón de rebotica...
¡Hasta que quiso el destino
casarlo con una rica!

Hablaba con ademanes
solemnes de naderías,
y entre escopetas y canes
fué consumiendo sus días.

El tiempo se le pasó
como una sombra ignorada.
Nació un día, otro murió.
Y fué entre dos fechas: ¡Nada!